

ERES UN GANDUL

El pasado miércoles me encontraba paseando entre hierba seca, de color oro, que atravesaba la nieve de un valle de alta montaña. El sol lo empapaba todo con un líquido muy seco, muy frío, también del color del oro. Todo menos el cielo, que permanecía amenazadoramente azul. Caminaba hacia un collado desde el que descendería a un lago francés, el Fontargent, y allí tenía planeado zambullirme en un gigantesco océano de Tiempo. Cuando llegué al lago me sentí estremecido por mil avalanchas de silencio que caían por mil gigantescas moles de piedra. Me senté junto al hielo azul y blanco del Fontargent, saqué de mi macuto una lata de maíz y otra de sardinas, y me dispuse a contemplar cómo aquel instante se agrandaba hasta el infinito. Me convertí, una vez más, en una película fotográfica expuesta a la Belleza a través de un obturador que no se cerraba nunca, porque el Tiempo se había detenido. Tenía pensado escribir algunas cosas en mi cuaderno, pero no lo hice: me limité a estar allí.

Mientras volvía hacia el prado de hierba dorada, ansioso por refugiarme de un frío que quería que no me obsesionase por vivir, sentí violentas convulsiones en el núcleo de mis células. Nunca había experimentado nada semejante y me asusté mucho. Vi entonces un casucho de piedra, abandonado, y empujé su puerta casi carcomida. Dentro olía a Tiempo en descomposición. Me acurrugué en el suelo, temblando de frío, y en la penumbra pude ver un gigantesco ADN que se abalanzó sobre mí y me taladró el pecho con su doble hélice:

“¡Eres un gandul! Así no llegarás nunca a nada y ninguna hembra querrá aparearse contigo.”

Con una mejilla aplastada contra el gélido polvo del suelo, golpeado y pisoteado por mi propio código genético, al menos pude ver cómo ardían con el atardecer cada uno de los filamentos de hierba seca que sobresalían del manto de nieve.

David López.